

inédito Verne

Erasmus edita en español y en su formato original una novela del escritor francés que, tras su muerte, publicó su hijo pero en una versión modificada por éste

Autobiografía espiritual

ANTONIO ASTORCA
MADRID

Escribía dos libros y medio al año. Era un lector compulsivo de obras científicas y geográficas. Engallina cuanto caía en sus manos—como la aeronáutica y astronomía para su novela sobre la Luna—, era permeable a todo conocimiento y así describía desde el prodigio la Tierra del Fuego a la de la Desolación y, «que se sepa, Julio Verne nunca estuvo en Sudamérica», señala a ABC el traductor y reputado experto verneano Carlos Ezquerro, que ha vertido al español la novela inédita de Verne «El ácrata de la Magallania» (Erasmus). Fuera de algunos viajes marítimos por Europa (Mar del Norte y el Mediterráneo, con alguna escala por el norte de África), Julio Verne solo hizo un breve viaje a la costa este de Estados Unidos. Esa es la grandeza de Verne: «En Magallania te hace "vivir" los parajes magallánicos, son maravillosas las descripciones, y en cambio no estuvo nunca en ellos».

El manuscrito de «El ácrata de la Magallania» fue hallado por el investigador Piero Gondolo della Riva en los archivos del editor Hetzel (habitual de Verne) en 1977. Julio Verne escribió la obra en 1897, ocho años antes de su muerte, pero no se publicó en vida suya. «El ácrata de la Magallania» se editó en 1909—cuatro años después de la muerte del escritor francés—, en una versión muy modificada por su hijo Michel Verne y bajo el título de «Los naufragos del Jonathan». «Es, pues, una obra muy posterior a las principales y más célebres novelas suyas—puntualiza Carlos Ezquerro—escritas y publica-

das básicamente entre 1870 y 1880». El manuscrito y cartas encontradas en ese archivo del editor de Verne permitieron descubrir lo mucho que Michel Verne modificó la obra. Ideológicamente más a la izquierda que su padre, Michel eliminó cinco capítulos y añadió otros veinte. «Así, Michel elimina de su versión toda referencia a unos misioneros cristianos que, en cambio, sí tienen cierta importancia en el texto de su padre», explica el traductor de la obra. «Pero, por el contrario, sí bien en la versión de Julio Verne parece que el protagonista acaba abdicando finalmente de su radicalidad anarquista, sucede que el personaje es casi siempre mos-

trado desde fuera; no sabemos, por tanto, nunca mucho de lo que piensa; existe en todo instante una ambigüedad sustancial al respecto, dándose a entender que, pese a la corrección que la realidad hace a sus ideas, sigue hasta el final creyendo en ellas. En cambio, en su versión, Michel, aparte de que ataca explícitamente el anarquismo en algunos pasajes (cosa que su padre no hace), da una explicitud muy tosca al presunto cambio de actitud del protagonista, dando a entender que es consciente de lo inane de sus teorías y que acaba aceptando que la sociedad debe construirse teniendo en cuenta la tradición, el orden y la

Su hijo Michel
Eliminó cinco capítulos
y añadió otros veinte

El libro
Es una especie de
de sus obsesiones
por la naturaleza
curiosidad por las
máquinas...

EL ÁCRATA DE LA MAGALLANIA



Publicación póstuma

Verne escribió esta obra en 1897, ocho años antes de su muerte, pero no se publicó en vida de su autor.

autoridad, aunque le quede la rabeta final de recluirse en el faro, lejos del mundo».

«El ácrata de la Magallania» es puro Verne, pura autobiografía espiritual. En ciertos personajes desmesurados el autor—«se notaba», dice Ezquerro—pone mucho de sí mismo: «Nemo, Robur, Hatteras: personajes avanzados a su tiempo, de energía y tenacidad casi sobrehumanas enfrentados a la pereza, cordedad de mareas o mezquindad de sus coetáneos. El protagonista de esta novela compendia, en clave realista, a todos estos héroes, resultando más que nunca una proyección evidente del propio Verne. «El ácrata de...» es, además, una especie de resumen final de sus principales obsesiones: el gusto por la naturaleza (aquí, en particular, espléndidamente descrita), la curiosidad por las máquinas (la construcción del faro) el sueño de los refugios autósuficientes («Dos años de vacaciones», «La isla misteriosa»), su avidez idealista por un mundo mejor y, a la vez, su decepcionado concepto de la especie humana (como le sucedía al capitán «Nemo», etc.)».

«Era un ácrata, partidario de la supresión de toda autoridad, Julio Verne? Hasta cierto punto, puntualiza Carlos Ezquerro: «En esta novela se ve bien su postura ambigua. El protagonista aparece firmemente convencido de esas ideas, a la vez que va observando que la realidad, por desgracia, se rige por principios ajenos a ellas. Por lo visto, Verne resultó muy seducido por las ideas de Kropotkin, si bien a medida que deviene influyente y famoso en la sociedad del tiempo fue aceptando, quizá con decepción, la conformación de la sociedad que le había tocado vivir. Pero en su interior, hasta el final debió creer que esas ideas representaban un ideal futuro para la humanidad (perteneció, en su última época, a una sociedad esperantista). Aunque, eso sí, estaba en contra de toda violencia en la aplicación de las mismas (en la novela, el protagonista se enfrenta con firmeza a los anarquistas violentos)».

Verne denuncia la matanza de animales marinos, como las focas a golpes de bastón. Toda su obra es un himno a la naturaleza; se ve en las famosas, minuciosísimas descripciones que siempre hace de animales,



Una de las ilustraciones del libro

plantas, accidentes geológicos, que conforman páginas y páginas de sus novelas. «Alguno estufo, en Francia ha calificado 20.000 leguas de su fe submarino como «una metáfora ecológica pura» (el «Nautilus» sería un símil del necesario retorno de hombre al medio marino del que surgió). En «Magallania» brilla especialmente su fascinación por el entorno natural puro y el daño que la civilización produce en él. Y se nota el gusto del autor por la vida de «Robinson» que lleva el protagonista y sus amigos al inicio del libro».

Sostiene Carlos Ezquerro que existe un curioso relato de Verne, «Diez horas de caza» (complemento a su novela *El rojo serpiente*), que es todo un alegato contra la práctica de la caza: «Expone allí su ocasional experiencia al respecto, destacando de ella la crueldad hacia los animales y la estúpida vanidad de los cazadores».

20.000 leguas de amargura

Verne escribió «El ácrata en la Magallania» durante los años—que arranca en 1886—en los que atravesó veintimil leguas de amargura. Según Carlos Ezquerro, los estudiosos la atribuyen a diversas causas: «La muerte de su querido editor y patrocinador entusiasta Hetzel; el fallecimiento de su muy querida madre; la cojera que le produjo un sobrino trastornado que le disparó un tiro, cojera que, parece ser, le impidió dedicarse a su máxima pasión: la navegación. Aparte de esto, la salud, siempre precaria del escritor—tenía arduos problemas estomacales y neurológicos—, empeoró (diabetes, etc.). Otra atribución es a problemas económicos debidos a los, por lo visto, excesivos dispendios por parte de su esposa y su hijo Michel. Incluso se habla de algún posible, secreto, frustrado «affaire» amoroso, dado que con su mujer nunca pareció encontrarse muy unido...».

Como escritor compulsivo de cartas (escribió mil), Verne «hubiese hecho arder el correo electrónico de su ordenador, aparte de utilizar el Facebook sin descanso».